

PREFACIO

Este manuscrito, cuya investigación de fuentes primarias se completó en 1991, ha tenido una larga historia. Fue evolucionando a partir de una investigación doctoral que inicié en Yale bajo los auspicios de George Kubler, que me instó a escribir una tesis sobre el arquitecto español Ventura Rodríguez (1717-1785). Entré en la disciplina de la Historia del Arte a través del exhaustivo análisis estilístico de las primeras obras de Rodríguez, inspiradas en modelos del Barroco italiano tardío de las décadas de 1740 y 1750, así como de diversas obras de estilo neoherreriano y afrancesado de finales de la década de 1750 y de la década de 1760, cuya importancia fue descrita inicialmente por el propio Kubler. Al terminar mis estudios en Yale en 1970, empecé a estudiar la reforma arquitectónica y agraria en la España del siglo XVIII, desde mi postura de joven defensor de la retórica idealista y de las propuestas de John y Robert Kennedy —que abogaban por un cambio en la sociedad a través del compromiso con los más desfavorecidos— y de Lyndon B. Johnson, que trabajaba para ampliar los derechos civiles.

Sin embargo, el descubrimiento más significativo que hice durante la investigación de mi tesis doctoral fue que Rodríguez había construido numerosos pequeños edificios funcionales no estudiados en varias provincias españolas, bajo los auspicios del Consejo y la Cámara de Castilla durante las décadas de 1770 y 1780. Los juristas de estos dos órganos legislativos supremos creían que la productividad de los pequeños agricultores y artesanos que permanecían en sus pequeños pueblos para trabajar la tierra y manufacturar bienes era la clave para la regeneración de la economía española, y utilizaron un precedente jurídico histórico para asegurar una inversión justa de los ingresos fiscales en obras que contribuyeran directamente al bien común: iglesias parroquiales, ayuntamientos, cárceles, mercados, escuelas, instalaciones médicas, cementerios, plazas públicas, teatros, acueductos y puentes. Imbuido por el espíritu de iniciativas como la New Frontier de Kennedy o la Great Society de Johnson (inspirada parcialmente en el New Deal de Roosevelt), me sentí muy atraído por este espíritu reformista en España.

Por supuesto, mi generación atestiguó el poderoso impacto de la represión, que podía desatarse a raíz de nuestra acción colectiva y nuestra resistencia contra unas políticas gubernamentales injustas. Las manifestaciones masivas y las acciones consiguientes de la policía, el ejército y los manifestantes durante los juicios a los panteras negras en New Haven en mayo de 1970 fue una experiencia pedagógica muy intensa. Mi tesis doctoral, completada en 1973 (*The Architecture of Ventura Rodríguez*, 2 vols. New York: Garland Publishing Inc., 1976), era una celebración panegírica de reformistas como Pedro Rodríguez de Campomanes o Ventura Rodríguez. La obra tardía de Francisco Goya, en especial su capricho *El sueño de la razón produce monstruos*, fue siempre un recordatorio del “lado oscuro” que requería nuestra cuidadosa investigación.

En 1976-1977 recibí la beca John Simon Guggenheim Memorial Foundation Fellowship para investigar sobre arquitectura y política reformista en la época de Carlos III. Durante ese año, llevé a cabo una amplia investigación en el Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Simancas, el Servicio Histórico Militar y el Servicio Geográfico del Ejército, entre otras colecciones. La investigación sobre este proyecto más amplio continuó en 1983, cuando fui nombrado Samuel H. Kress Senior Fellow en el Center for Advanced Study in the Visual Arts, en Washington, D.C.

Mi trabajo sobre la reforma económica empezó con el objetivo de ir documentando el progreso del heroico proyecto de transformación de la sociedad española y sus instituciones políticas y económicas. El proyecto de las Nuevas Poblaciones no estuvo exento de conflictos, como evidencia el juicio por parte de la Inquisición a Pablo de Olavide, responsable del mismo. Ese conflicto puso en evidencia la confrontación entre las fuerzas reformistas y el sector más conservador, defensor de las tradiciones e instituciones españolas. Mi trabajo de investigación prometía proporcionar información sobre ese fenómeno descrito frecuentemente como la Ilustración, un concepto que parecía implicar un “levantamiento del velo” con el fin de proporcionar una visión racional de una sociedad nueva y más justa, en la que las ideas nuevas derrocaban los sistemas de valores más antiguos. Simplificando un poco más, la Ilustración produjo transformaciones que podían producir visiones de “mundos mejores” impulsados por ideas e ideales, tal y como describía Robert Rosenblum en su influyente ensayo *Transformations of Late-Eighteenth Century Art*, que leí vorazmente durante la redacción de mi tesis.

Mientras investigaba sobre arquitectura y política reformista en la época de Carlos III en el Archivo Histórico Nacional, me pasé meses leyendo las opiniones legales de Pedro Rodríguez de Campomanes y José Moñino, conde de Floridablanca, sobre el financiamiento de proyectos de edificación de todo tipo imaginable. A la larga, llegué a apreciar no solo la dirección de su trabajo teórico, sino también su laboriosa búsqueda de datos económicos empíricos (que servían para dar forma a sus propuestas) y de soluciones prácticas provisionales (a la espera de alcanzar los objetivos globales). Empecé a ver a Campomanes y a Floridablanca no como soñadores utópicos, sino como hombres prácticos, que dieron forma a sus visiones valiéndose de los

precedentes legales y que lograron que tuvieran efecto mediante un control fiscal muy estricto de los fondos públicos. Se trataba de visiones basadas en principios sensatos y en la observación realista de los datos que tenían a mano a través del prisma de los antecedentes históricos.

A finales de la década de 1970, había estado releendo extensamente la considerable colección de documentación microfilmada existente sobre las Nuevas Poblaciones, mientras mi mentor y amigo George Kubler se esforzaba por comprender otra obra maestra simbólica que para muchos académicos suponía el *summum* de los ideales tardorrenacentistas y de los valores políticos y espirituales de Felipe II, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. La editorial Princeton University Press me invitó a revisar el manuscrito en 1979. Estas fueron algunas de mis impresiones:

Las respuestas de Kubler no serán del agrado de aquellos que busquen respuestas sencillas y primordiales. En lugar de ello, desvela con un nivel de detalle asombroso las realidades históricas, ideológicas y prácticas que determinaron la forma y el propósito del edificio. No resultarán satisfactorias para aquellos que sientan que la explicación de la construcción recae únicamente en cuestiones de estilo y urbanismo. El libro de Kubler es un análisis histórico del edificio en su sentido más amplio. Hace que este monumento (profusamente investigado y fundamental para el pensamiento arquitectónico e histórico español durante cuatrocientos años) sea comprensible en toda su complejidad [...].

Para un historiador del arte, la primera parte reúne y examina la que siempre ha sido una bibliografía dispar, y por primera vez genera una imagen coherente del mecenas, el encargo, los arquitectos y las fuentes estilísticas y programáticas del diseño. Además, separa hecho y leyenda con enorme cuidado y precisión, lo cual es especialmente importante en el caso de este monumento tan cargado de simbolismo, cuya fortuna crítica ha sufrido altibajos parejos a los de su mecenas. Para un historiador, esa primera parte integra de forma admirable Historia e Historia del Arte, reconstruyendo el edificio como una expresión de la personalidad, la política y los conceptos de la monarquía de Felipe II. El edificio emerge no solo como monumento artístico, sino también como símbolo de España en un momento fundamental de su historia: la transición entre las monarquías medievales españolas, el imperio de Carlos V y el Estado español moderno de Felipe II, entre España, Italia y Flandes, y entre los ideales tardomedievales y del Alto Renacimiento. Fue, como explica Kubler, el principio y el fin de muchas cosas [...].

Los capítulos de la primera parte suponen una introducción preparatoria para la elaborada y microscópica reconstrucción que hace Kubler del edificio del monasterio en la segunda parte. En dicha parte, la textura de la escritura es tan bellamente detallada que uno se maravilla de que se pueda llegar a saber tanto acerca de un monumento del siglo XVI. Kubler describe profusamente hasta los detalles más pequeños, desde los desagües del sótano hasta la monumental basílica, con la misma prolija atención que se le dedicó al monasterio en el momento de diseñarlo y construirlo. Kubler no solo trata de los elementos más monumentales, descritos con más frecuencia (la planta general, las articulaciones de la fachada o la basílica), sino también de las numerosas pequeñas decisiones de diseño y construcción que intervienen en la construcción de un edificio y que constituyen su realidad.

Es precisamente este rigor histórico y esta atención al detalle lo que hace que el trabajo de Kubler sea único. Uno puede experimentar de nuevo las dificultades a las que se enfrentaron los que tuvieron que resolver los deseos contradictorios del rey, las autoridades clericales, los arquitectos y los constructores, que hubieron de ajustar las nuevas exigencias a la realidad impuesta por las por las secciones ya construidas; además, tuvieron que minimizar costes, maximizar la calidad del trabajo, obtener las contribuciones más eficaces por parte de los trabajadores, crear la tecnología para hacer que las nuevas ideas fueran operativas y asegurarse de que la mano de obra estuviera contenta y los suministros estuvieran disponibles. Es un tapiz rico y fascinante.

Mi minucioso estudio de la documentación sobre las Nuevas Poblaciones me impulsó a seguir el instinto de Kubler por fijarse en los detalles más pequeños.

Evidentemente, abordar el tema de las Nuevas Poblaciones era una tarea de enormes proporciones, entre otras cosas porque muchos hispanistas distinguidos se habían visto atraídos por él (no solo como símbolo de la reforma social, económica y agraria española, sino también del urbanismo de la Ilustración), entre ellos Joaquín Costa (1926), Cayetano Alcázar Molina (1927), Constancio Bernaldo de Quirós (1929, 1932), José Tamés (1948), Julio Caro Baroja (1952), Fernando Chueca Goitia (1953), Jean Sarrailh (1954), y Marcelin Defourneaux (1959), por mencionar únicamente a los pioneros.

Visité por primera vez las Nuevas Poblaciones en 1969, y regresé en Navidad de 1976 y en verano de 1977 para fotografiarlas de forma más sistemática. La magnitud y la calidad de esta hazaña arquitectónica no suele dejar indiferentes a los visitantes. Aun así, me sorprendió el hecho de que, a pesar de la importancia que los arquitectos e historiadores del arte le han asignado a la estructura física de los asentamientos como señas de identidad del urbanismo de la Ilustración, pocos de sus estudios se basaban en la investigación de archivos. Casi todos se centraban en estudios de historiadores, ninguna de cuyas investigaciones estaba enfocada explícitamente a cuestiones de diseño y construcción.

No había ninguna “veta madre” archivística en el Archivo Histórico Nacional o en el Archivo General de Simancas que definiera la autoría de los diseños, pero pude estudiar la extensa correspondencia y todos los informes en busca de rastros del proceso de diseño y construcción. Encontré abundantes resultados. Lo que surgió del estudio de los archivos fue una historia llena de conflictos y tragedias; a medida que esta construcción apresurada y polémica iba ganando importancia, se trenzaba toda una narrativa llena de esperanza, culpa, engaño y perseverancia, y la importancia de asignar su diseño a un único autor parecía quedar en un segundo plano.

La cantidad de equipos de trabajo necesarios para llevar a cabo semejante empresa en un período de tiempo tan corto seguramente no tuvo precedentes en la historia del siglo XVIII. Cada grupo (constructores de carreteras, agrimensores, ingenieros militares, arquitectos, canteros, aprovisionadores, administradores y colonos, alemanes, suizos y, más tarde, catalanes) tenía una

mentalidad, una formación profesional y unos objetivos distintos. El hecho de que representaran una fuerza de trabajo plurinacional perteneciente a clases distintas no hizo más que agravar los problemas de comunicación y comprensión. Y lo que es más importante, estos conflictos se produjeron en un contexto de distintos intereses sociales y económicos, en el que los reformistas liberales del gobierno central se enfrentaban a las políticas de posesión de tierras e inversiones de la Iglesia, los municipios y los latifundistas. Este drama humano representa un componente fundamental de la investigación, aunque podría resultar ser el más difícil de representar a través únicamente de la exposición (salvo mediante la presentación de la correspondencia original de campo).

En 1986, pasé a ser director asociado del Getty Center for the History of Art and the Humanities, donde decidí centrar mi limitado tiempo de investigación en esta excepcional serie de asentamientos que habían permanecido prácticamente intactos hasta el momento en que los visité por primera vez en 1969. Aun así, tras el establecimiento de los gobiernos autonómicos tras el franquismo, se enfrentaron al desafío de la preservación histórica a raíz del extraordinario desarrollo económico que trajeron a la región nuevos recursos y niveles de vida. Cada vez que viajaba a España, visitaba y fotografiaba las Nuevas Poblaciones, un proyecto que representaba unos valores que cada vez eran más centrales en mi investigación sobre arquitectura y políticas reformistas.

Durante mis años en el Getty Center, trabajé con Donna Beckage y Pamela Kort, que me ayudaron a prepararme para rápidas incursiones fotográficas y de investigación por la zona, y que a mi regreso transcribieron las notas de campo dictadas realizadas en mis visitas a cada pueblo. Trabajando rápidamente durante las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde (cuando podía escapar de las muchas tareas administrativas que implicaba mi trabajo en el Getty Center), con frecuencia dictaba grandes fragmentos del manuscrito, algo que había aprendido de las numerosas tareas e informes que tenía que preparar cada día de camino al trabajo (de Hancock Park a Santa Mónica). Donna Beckage las transcribía para mí y las editaba para hacerlas más fluidas narrativamente. Más tarde, Joshua Goode, Rachel Bindman, Hadley Soutter, Connie Moffatt, y Bernardo José García García me asistieron en la recolección de materiales, nuevos sondeos de archivos y, en el caso de Joshua, en la ardua tarea de comprobar las citas de archivos y editarlas. No estábamos seguros de si enviaríamos el manuscrito a una editorial española o americana, así que dejamos la gran mayoría de las citas en español.

Escribí un primer borrador de buena parte de la narrativa histórica en Los Ángeles, entre 1990 y 1991. Mi trabajo en Los Ángeles y en el Getty Center también me llevó a hacer lecturas particulares de la documentación. En esos años me dedicaba a producir una programación que exploraba las intersecciones no solo entre “artes mayores” y “artes comunitarias”, sino también las contribuciones de las muchas comunidades distintivas que han forjado el rico entramado cultural y vital de esa gran ciudad. Estos valores quedaron reafirmados por mi estrecha colaboración con Judy Mitoma, Peter Sellars y Norman Frisch en el simposio “New Geographies of Performance: Cultural

Representation and Intercultural Exchange on the Edge of the 21st Century” (10-13 enero, 1991), que examinaba la programación del Los Angeles Festival del año 1990 y la vitalidad de las comunidades inmigrantes en el marco de la cultura de la ciudad. Además, todos fuimos testigos de las tensiones existentes en la ciudad, que se hicieron evidentes con la agresión a Rodney King el 3 de marzo de 1991, que desató una verdadera oleada de violencia.

El libro *Building the Escorial* de George Kubler¹, antes aludido, y las ediciones de 1990 y 1993 del Los Angeles Festival dirigidas por Peter Sellars inspiraron una narrativa muy distinta de la que había imaginado en mi puesto de Samuel H. Kress Senior Fellow en el Center for Advanced Study in the Visual Arts, en 1983. Tal y como he apuntado más arriba, la mayoría de los académicos que estudiaron las Nuevas Poblaciones empezaron con la misión de descubrir al arquitecto o ingeniero responsable de una serie de diseños, aparentemente tan uniformes que actualmente podría describirse como “urbanismo paisajístico”. La mayoría de las atribuciones apuntaba a dos candidatos principales: el ingeniero francés Simon Desnaux o el arquitecto italiano Juan Baptista Nebroni. Sin embargo, la documentación pone de manifiesto un proceso de planificación mucho más pragmático, en el que las poblaciones parecen haber surgido de un proceso de prueba y error alimentado por los conflictos y llevado a cabo tras una sucesión de problemas y transigencias.

¿Y qué podríamos usar como medida del éxito en este proyecto apresurado que estuvo plagado de errores de cálculo, trabajadores deshonestos, desconfianza, promesas fallidas y conflictos abiertos a todos los niveles de planificación y gestión? Me quedé francamente asombrado por la abundancia y la vehemencia de insultos xenófobos (tanto de origen étnico como de clase social) que aparecían en los registros documentales de este proyecto, que aunaba a tantos grupos distintos de ciudadanos españoles y extranjeros, de diversas esferas profesionales y sociales. Así como la copiosa documentación permitió a Kubler encontrar nuevas formas de analizar el discurso de los participantes en el libro *Building the Escorial*, la correspondencia detallada entre los principales implicados en la creación de las Nuevas Poblaciones (extraordinariamente conservada debido a la confiscación de todas las cartas de Olavide por parte de la Inquisición) aportó una perspectiva nueva sobre la dinámica social en este momento histórico crítico. Esta historia pedía a gritos que el texto adoptara algunos elementos de una crónica, y me invitaba a conservar la textura del diálogo siempre que fuera posible. Evidentemente, mi fascinación por las negociaciones también se originaba en el trabajo de programación que llevaba a cabo en el nuevo Getty Center, cuyos conflictos quedaron retratados tan solo superficialmente en el documental *Concert of Wills*, de Susan Froemke, Bob Eisenhardt y Albert Maysles.

Si bien los elementos microhistóricos del análisis eran importantes, también lo era su dimensión simbólica para Campomanes, Floridablanca y la Corona. El proyecto podría compararse con los llamados Grands Projets de Mitterrand, lanzados en París en 1982. Así, pasó a simbolizar el poder de

1. [Edición española: *La obra de El Escorial*. Madrid: Alianza, 1985.]

instituciones jurídicas como el Consejo de Castilla, que estaba dirigido por nuevos ministros reformistas y trabajaba dentro de un ámbito distinto al de la administración real. El Consejo efectuó un cambio importante en una sociedad fuertemente tradicional que luchaba por proteger el *statu quo*. Esto se hizo evidente no solo en la llamada de la Inquisición a silenciar a Olavide y ensombrecer el proyecto, sino también en los éxitos regionales a relativamente largo plazo que tuvo el proceso.

Por ejemplo, es significativo que las poblaciones de Sierra Morena no plantearan una oposición importante, en contraste con las de Andalucía. En el paisaje montañoso de Sierra Morena se aceptaron los objetivos del proyecto: las Nuevas Poblaciones se repoblarían para proteger tanto a los viajeros como las riquezas nacionales que llegaban a Cádiz para su envío a Madrid, sin que ello supusiera una amenaza para los grandes terratenientes en una región improductiva y mayormente abandonada. En Andalucía, no obstante, el mosaico de asentamientos que reunían tierras improductivas dondequiera que estuvieran disponibles (a veces lejos de la carretera) alteraba los patrones de uso de la tierra y de empleo, establecidos desde hacía mucho tiempo, y suscitaba una fuerte oposición al cambio.

Hice varias conferencias sobre las Nuevas Poblaciones en Marburgo, Alemania (10 de octubre de 1991) y en Tulane University (1 de noviembre de 1991), y publiqué “Arquitecturas dibujadas como prueba evidente: la defensa de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía” (1996). Durante un interregno en el Getty Center for the History of Art and the Humanities entre 1991 y 1993, me invitaron a ser el director en funciones durante casi tres años, y el proyecto de las Nuevas Poblaciones languideció mientras intentaba cumplir con uno de mis compromisos originales con el Getty Center, que era crear nuevos proyectos en Latinoamérica. Ese compromiso llevó a la creación de la serie de seminarios “Imaging the City in the Americas, circa 1910”, además de las numerosas publicaciones subsiguientes en Ciudad de México y Buenos Aires, que absorbieron todo mi tiempo.

Mientras tanto, sin embargo, Josh Goode y Rachel Bindman colaboraban conmigo recopilando documentación visual de fuentes de toda España. Poco a poco, fuimos cobrando consciencia de que la publicación de la vasta documentación visual que habíamos recopilado sobre las Nuevas Poblaciones iba a requerir una subvención financiera significativa. La documentación incluía mapas y fotografías (panorámicas, aéreas y documentales) tomadas a intervalos entre 1969 y 1991, con el objetivo de registrar las pérdidas e instar a la conservación de dichas poblaciones. Se documentaron más de cuarenta asentamientos, lo cual planteaba complejos problemas de ilustración, diseño y maquetación.

En esos tiempos, había abundante dinero público para financiar grandes iniciativas culturales y educativas, y decidí que una buena solución podía ser organizar una exposición financiada por instituciones españolas. En 1994 presenté un proyecto de exposición, primero a Ignacio González Tascón (entonces director del Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo), y después, a la Junta de Andalucía. Mi estrategia había sido ampliar el alcance del proyecto para subrayar la importancia de este experimento y de

estos paisajes únicos en el imaginario español, extendiéndolo temporalmente hasta la Guerra Civil española y terminando con la inauguración del AVE, la línea de ferrocarril de alta velocidad que conecta Castilla con Andalucía en abril de 1992. El proyecto nunca llegó a realizarse.

En el período entre 1994 y 1999, mis responsabilidades en el Getty Center me absorbían cada vez más. Concentraba todos mis esfuerzos en la finalización de la construcción de las instalaciones del Getty Research Institute en el nuevo Getty Center, en la enorme operación logística de trasladar 140 puestos de trabajos y cientos de miles de libros, fotografías, y fondos de archivo, y en las preparaciones de la inauguración y ocupación del nuevo centro. En 1999, fui nombrado director ejecutivo del Roger Thayer Stone Center for Latin American Studies, de la Tulane University; a lo largo de los últimos veintidós años, he pasado mucho tiempo modelando esta institución. Mis proyectos peninsulares se prolongaron una vez más, hasta que decidí que este material tenía que ser difundido de algún modo para que otra gente pudiera beneficiarse de mis hallazgos (tanto el texto como la documentación visual posterior). Sin la atención y la invalorable asistencia de Suyapa Ingles, y la amistad, apoyo y ánimo de Stephanie y Ludovico Feoli, este libro no habría sido posible.

En otoño del 2010, decidí revisar y publicar el manuscrito de 1991. No obstante, comprendí que no bastaba con una sencilla revisión, ya que desde entonces habían aparecido numerosas contribuciones académicas (la mayoría de ellas fruto de la profunda lealtad a las historias locales de poblaciones o grupos de poblaciones en una región determinada). Las contribuciones especiales de José Antonio Filter Rodríguez, Adolfo Hamer Flores, Luis Perdices Blas, Carlos Sánchez-Batalla Martínez y José María Suárez Gallego han demostrado ser inestimables y han hecho que tenga que actualizar la bibliografía y mis propias referencias de archivos. La compilación no indexada de seis volúmenes de Sánchez-Batalla Martínez, completada rápidamente antes de su muerte, resultó ser un recurso particularmente valioso, debido a los innumerables documentos que transcribió, que me he esforzado por cotejar con mis propias citas de archivo.

En el verano del 2011, decidí concentrarme en la preparación de una nueva sección que le había propuesto a González Tascón en 1994, particularmente sobre el legado de las creaciones de Olavide, que atrajo la atención de muchos partidarios de la reforma agraria. Desgraciadamente, pocos académicos habían investigado los procesos de cambio histórico en el período de 179 años que media desde 1842 hasta el presente. Traté de capturar el legado conflictivo del proyecto entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Personalmente, también me fascinaba el redescubrimiento de las poblaciones entre finales de las décadas de 1940 y 1950, cuando las visitaron Julio Caro Baroja, Fernando Chueca y George Foster. Este tipo de investigación requería las habilidades de alguien familiarizado con la historia y la demografía agraria, pero confiaba en que un amplio estudio de los datos disponibles inspiraría a otra gente a aplicar sus aptitudes a las microhistorias de estas poblaciones.

Mi primera versión revisada recogía las historias de Sierra Morena y Andalucía en secciones separadas, siguiendo la tendencia historiográfica

predominante: diferentes edades sistemáticas, diferentes topografías, diferentes objetivos y grados divergentes de resistencia local. Sin embargo, cuanto más estudiaba el flujo de los acontecimientos, más me daba cuenta de que el desafío consistía en contar sus historias como proyectos paralelos pero estrechamente interconectados, y de que seguir el modelo más fácil (dos narrativas distintas) resultaría perjudicial para la historia, ya que Olavide intentaba distribuir recursos que permitieran avanzar bajo enormes presiones temporales, políticas y financieras. El manuscrito revisado de 1991 con una posdata histórica de las poblaciones tras la suspensión del fuero corresponde a la parte I del libro actual, “La saga histórica”. Constituye la historia interna de este proyecto; una historia llena de tensión, intriga, acusaciones y xenofobia. Tal vez no sea casual que escribiera gran parte del primer borrador durante el apogeo de las luchas culturales transcurridas en Estados Unidos.

“La saga histórica” no requería muchas ilustraciones, ya que era mayormente un análisis histórico detallado de una de las confrontaciones ideológicas más importantes entre reformistas y conservadores.

Desde el principio fui consciente de que me supondría un gran problema publicar el texto en inglés, dado que quería conservar en la mayor medida posible la textura de la lengua de la época. Por lo tanto, parecía que lo ideal sería editar el libro en español.

Mi plan original para el libro era concluir el relato histórico con tres capítulos dedicados a temas visuales de planificación y diseño. La distribución parecía correcta... hasta que empecé a trabajar en las ilustraciones para encontrar un esquema coherente de representación del proceso histórico. La parte II, “Ubicación y diseño”, empezó a tomar entidad propia, con muchas referencias a la historia del arte, la arquitectura y el urbanismo. Al principio, había pensado en presentar la documentación visual en forma de catálogo monumental, pero decidí que había un importante componente histórico en el desarrollo del proyecto y en las nuevas contribuciones a la cartografía, al reasentamiento agrario y a la vivienda colectiva, y este componente exigía ser contado. Los capítulos de “Ubicación y diseño” van ahora en paralelo y complementan a los de “La saga histórica”; además, sirven de catálogo de documentación visual para cada pueblo y municipio.

Durante mi época en el Getty Center tuve la gran suerte de adquirir fotografías de alta calidad de las poblaciones, que utilicé en estas secciones. Las fotografías aéreas realizadas por profesionales de Estados Unidos en España en 1956-1957 capturaron su forma tal y como había sido durante dos siglos. Cuando empecé a fotografiarlas en 1969, conservaban muchas de las características que tenían cuando fueron construidas. Llevé a cabo una documentación fotográfica bastante sistemática en 1977, pero desgraciadamente tuve un problema con el obturador de mi Pentax que puso en peligro muchas de las fotografías. Por suerte, pude escanear los negativos y corregir muchos de ellos mediante Photoshop. Volví en 1991 para fotografiar las poblaciones de nuevo con película Kodachrome y carretes panorámicos Fuji Reala. En ese momento, se hacían evidentes los cambios que habían experimentado las poblaciones tras el flujo de dinero que recibieron las autonomías.

El proceso de crecimiento del tejido histórico ha quedado magistralmente registrado actualmente en las visiones panorámicas de Google Earth, que incluyen prácticamente todas las poblaciones; estas vistas también han permitido la sobreposición de planos más antiguos, que ayuda a comprender mejor los cambios en el tejido urbano. Más recientemente, la publicación de los mapas catastrales de pueblos y ciudades por parte de la Sede Electrónica de la Dirección General del Catastro (SEC) ha abierto otras posibilidades. Al ser testigo de todos estos cambios, empecé a valorar cada vez más esas fotografías en blanco y negro de 1976-1977, que captaban las poblaciones tal y como yo las recordaba. Debido a la escasez de documentación fotográfica en los numerosos libros y webs que tratan el tema de las Nuevas Poblaciones, pensé que mi propia documentación podía ser de gran interés para la Junta de Andalucía y para las editoriales españolas, pensando en un libro bien ilustrado con lecciones morales sobre la conservación del patrimonio cultural.

Alguien podría preguntar por qué un historiador del arte debería emprender un estudio que a priori pareciera dominio de un historiador. Mi trabajo siempre se ha beneficiado de la combinación entre mi formación en la disciplina de la Historia del Arte y más de veinte años dirigiendo instituciones interdisciplinarias, primero en el campo de las humanidades y más tarde en estudios de área. Si mi tema de investigación en este libro es la historia de una serie de poblaciones erigidas para transformar no solo las economías y los medios de vida de los que habitaban la región, sino también la visión y la política de las élites españolas, mi campo de acción nunca se aleja demasiado del papel que tuvieron estas poblaciones a la hora de dar forma y reflejar los ideales que hicieron posible su existencia. Además, el manuscrito transmite la especial importancia que desempeñaron las representaciones visuales en tanto que prueba jurídica a la hora de juzgar la empresa. Para un historiador del arte, resulta especialmente significativo el reconocimiento de Olavide de la importancia que tendrían las representaciones visuales y estadísticas de las Nuevas Poblaciones para convencer a los ministros del rey en Madrid sobre el progreso y el éxito del experimento. Desde el principio, el conde de Aranda —no Olavide— nombró a Desnaux y le pidió que realizara el mapeado de las Nuevas Poblaciones con un método uniforme. En primer lugar se estudió el paisaje, la carretera, las redes y las jurisdicciones preexistentes. Fueron seleccionadas varias zonas para crear los asentamientos; se envió a agrimensores para hacer estudios topográficos; se erigieron mojones (que se harían más evidentes más adelante, con la siembra). Dos planes iniciales para los departamentos, uno de 1768 y el otro de 1770, revelaron el sistema de suertes (con vías perpendiculares que daban acceso a las parcelas interiores). Conocemos las instrucciones que Olavide le dio a Desnaux en cuanto al método de preparación de los planos. En una escala general, los planos tenían que incluir el plano general de la feligresía o provincia administrativa, con sus carreteras, pueblos, ríos y otras características topográficas; a mayor escala, también tenían que incluir planos de cada pueblo y ciudad.

Olavide retrasó su audiencia ante el Consejo de Castilla para defenderse de las críticas de Pérez Valiente hasta que se completaron todas las

representaciones de lo que se había logrado en abril de 1770. Estos planos se concentraban en proporcionar una visión general de las divisiones administrativas y los límites con otras jurisdicciones territoriales, además de indicar redes viarias y la ubicación de las poblaciones. El informe de la audiencia de Olavide proporciona nuevas perspectivas sobre el papel de las “representaciones visuales” en forma de mapas y planos como prueba jurídica. Olavide recurrió repetidamente a los planos que hizo confeccionar como prueba, mientras que el marqués de los Llanos insistía repetidamente en el hecho de que sin confirmación directa, no eran más que “pinturas”.

Para concluir, debo reconocer la inmensa contribución en mi formación intelectual de Antonio Bonet Correa, a quien que está dedicado este libro. Antonio y su familia han sido mi familia desde que empecé a investigar en España en 1963. Y a Samuel Z. Stone, cuya confianza y gentileza, junto con el apoyo constante y la amistad de su familia, han hecho que mis años en Tulane sean tan fructíferos y agradables. Además, debo expresar mi gran admiración por las contribuciones de Richard Herr, cuya obra *Eighteenth Century Revolution in Spain* transformó mi investigación sobre historia del arte en una búsqueda mucho más amplia de comprensión histórica. La investigación en sí fue subvencionada por la University of Texas at Austin, la Guggenheim Foundation, el Center for Advanced Studies in the Visual Arts, el Getty Center for the History of Art and Humanities y el Stone Center for Latin American Studies. La amistad, el apoyo y la inspiración de Hank Millon y Kurt Forster han dejado unas marcas tan profundas en mi vida y mi trabajo que apenas puedo expresarlas.

En España, no hay forma de agradecer individualmente todo el personal del Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Simancas, el Servicio Histórico Militar, el Servicio Geográfico del Ejército y tantas otras instituciones por su atención constante. Además, quiero dejar constancia de la amistad y el apoyo de numerosos académicos durante mis largos años de investigación en España. Entre ellos se encuentran Adam Bresnick, Agustín Bustamante, Bill Christian, Fernando Chueca, Joyce Crespo, Luis Fernando Galiano, Ricardo Lampreave, Ignacio Hernando de Larramendi, Vicente Lleó, Fernando Marías, Ángel Martínez Roger, Isabel Mateo, Luis Monreal, Rafael Moneo, Luis Moya Blanco, Pedro Navascués, Víctor Nieto, Víctor Pérez Escolano, Juan Antonio Ramírez, Daniel Restrepo, Delfín Rodríguez, Alfonso Rodríguez de Ceballos, Mariano Ruíz de Ael, Carlos Sambriocio, Virginia Tovar y Guillermo Vázquez Consuegra. Quiero agradecer especialmente a Klaus Vervuert por su firme apoyo a la publicación de un libro de esta escala, uno cuyos protagonistas cruzaron las tres “patrias” de Alemania, España y América Latina que Klaus unió y sirvió de manera tan brillante. No puedo agradecer lo suficiente al traductor Jaume Muñoz y al extraordinario equipo editorial de Iberoamericana Vervuert integrado por Anne Wigger, Simón Bernal y Juan Carlos García Cabrera. Mi mayor deuda, no obstante, es con mi compañera, Carol McMichael Reese, cuyo amor, amistad y compañerismo intelectual han hecho de mi vida académica una búsqueda riquísima a nivel personal.